

LUCÍA JIMÉNEZ ARRANZ

# LA FIESTA DE DISTRACES



© 2020, La fiesta de disfraces. Lucía Jiménez Arranz

© 2021, de esta edición.

© Diseño de cubierta: Rebeca Cid.

© Corrección: María Dolores López y Ana Tejada Colón.

© Maquetación: Lucía Jiménez Arranz.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, otro tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# DESCRIPCIÓN DE LA PORTADA

He decidido incluir este apartado dentro del relato para todas aquellas personas con problemas de visión. Espero que os sirva de ayuda para poder visualizar e imaginar la portada.

En la parte superior de la imagen nos encontramos con el nombre de la autora, Lucía Jiménez Arranz. Justo debajo el título del relato, *La fiesta de disfraces*. El fondo difuminado es una ciudad donde se pueden observar edificios de diferentes colores: rosas, amarillos y azules oscuros, con las luces de las ventanas iluminadas. En mitad de la imagen tenemos a dos mujeres sentadas en el suelo. La de la izquierda lleva ropa negra y tiene el pelo oscuro y rizado; a su izquierda, en el suelo, hay un sombrero picudo negro con una cinta morada en el centro. La de la derecha está apoyando la mano en el suelo, justo por detrás de la otra chica. Lleva vaqueros azules, una camiseta de manga corta blanca y tiene el pelo castaño recogido en dos trenzas de raíz. A su derecha, en el suelo, hay unos colmillos de plástico. A derecha e izquierda de las dos chicas hay dos postes de madera marrón rodeados por guirnaldas de luces amarillas.

A mi gato, por acompañarme en las sesiones de escritura.

A mi madre, por interrumpirme siempre que escribo.

Y a Belén, sin tus batallas de palabras esta historia no hubiera avanzado.

# LA FIESTA DE DISFRACES

Abrió la boca ligeramente frente al espejo y empezó a pasar la barra de labios roja que sujetaba con la mano izquierda mientras se acercaba como impulsada por una fuerza magnética invisible, observando la imagen que le devolvía el reflejo y que ya le resultaba tan familiar. Aunque en aquel momento estaba algo diferente. Su cabello rizado y negro había sido el culpable del atuendo para la noche que la esperaba. No se había esforzado mucho, pero tampoco es que hubiera tenido tiempo. Sandra, su mejor amiga, le había convencido aquella misma mañana en un intercambio entre clases de ir a aquella fiesta.

Lo primero que había hecho al llegar a su casa había sido comer porque, según decía su abuela, la comida era el momento más importante del día, y después había bajado a la tienda de todo a cien para hacerse con un sombrero negro y una escoba que dejaban mucho que desear, pero tampoco se iba a esforzar mucho más. La cutrez también tenía su propio encanto. Ella iba encantadora, entonces.

Decidió que con una sola capa de pintalabios no iba a parecer lo bastante brujo, así que volvió a aplicarse otra, pero con tan mala suerte que se salió de una de las comisuras. «Maldita sea», pensó mientras se quitaba con el dedo lo que sobresalía.

Se volvió a observar en el espejo, empezando por los ojos marrones delineados y con mucha sombra morada, pasando por el lunar que se había dibujado en la puntiaguda nariz hasta llegar a sus labios rojos. «Otra capa de pintalabios no va a matar a nadie». O quizás sí, pero eso nadie lo sabría nunca.

Cambió de canción en el móvil. Quería mucho a Bad Bunny, pero había llegado un punto en el que *Safaera* la había aburrido hasta la saciedad. Comenzaron a sonar las primeras notas de una canción que no reconocía todavía, así que encendió la pantalla del móvil. Sandra le había pasado una *playlist* que contenía canciones que les gustaban a ambas y que eran perfectas para motivarse antes de salir de fiesta. Se llamaba «el perreo hasta el suelo y la autoestima hasta el cielo» y cumplía perfectamente con lo prometido.

Justo cuando empezó a reconocer la canción que estaba sonando, le llegó un mensaje.

«En 10 min estoy en tu casa, te quiero lista y esperándome en el portal».

Clara y concisa, así era Sandra. Si no estaba abajo en diez minutos se iría sin ella, así que volvió a observar su reflejo en el espejo y decidió que así bastaba. «Total, es una fiesta, nadie se va a acordar al día siguiente de nada».

Volvió a su habitación, donde se calzó unas botas negras y empezó a meter objetos en la riñonera: llaves, móvil, cartera, pintalabios, pañuelos, tabaco, mechero, más pañuelos, auriculares... Miró su escritorio para ver si le faltaba algo y decidió que tenía todo lo necesario. Se puso el sombrero picudo y negro, cogió la escoba y se ató la riñonera a la cintura. Estaba lista.

Bajó corriendo las escaleras y descubrió a su amiga a punto de llamar al telefonillo.

—¡Has llegado antes de lo que habías dicho!

—No me esperaba que estuvieras lista, doña tardona. Por eso he decidido salir unos minutillos antes. —Miró con detalle a su amiga—. Oye, ¿desde cuándo las brujas llevan riñonera?

—Desde que tienen que ir a la moda mientras echan maldiciones a diestro y siniestro. —Le devolvió la mirada a su amiga, que había optado por ponerse una diadema con planetas, una camiseta verde y encima de las mallas se había puesto un tutú del mismo color. Aunque lo que destacaba era el maquillaje—. Más que miedo, me produces ternura, Sandrita.

Su amiga puso los ojos en blanco, odiaba ese apodo con toda su alma.

—Vamos, anda. O llegaremos tarde. Y deja de llamarme así o la que te echará una maldición seré yo a ti, Martita.

Sonrió ampliamente, sabía cuánto odiaba ese diminutivo, pero no podía evitar utilizarlo. Hacerla rabiar era su pasatiempo favorito.

\*\*\*

La fiesta ya había empezado cuando ellas llegaron. Lo bueno se hacía esperar, ¿no? Aunque no eran ni las doce de la noche y las personas que se encontraban allí tenían pinta de llevar ya bastante tiempo bebiendo. Marta los observó esperando encontrar a alguien familiar, algún amigo que estuviera con ella en clase, pero no reconoció a nadie. Se giró hacia su amiga y esta encogió los hombros, estaba igual de perdida que ella.

Se dirigieron a una mesa con un montón de bebidas alcohólicas, mezclas, vasos de plástico y hielo. Un chico que iba disfrazado de momia, o eso parecía, puesto que estaba cubierto de papel higiénico, les sonrió.

—Bienvenidas a la fiesta más espectacular de vuestra vida. ¿Truco, trato, vodka...? ¿Qué quieren las señoritas? —El chico entrecerró los ojos y se acercó a ellas para oír su respuesta.

—Dos cervezas. —Sandra se había adelantado a hablar por ambas.

Mientras esperaban a que el chico quitase con torpeza la chapa del botellín, Marta se giró y observó a las personas que tenía más cercanas. Algunas habían optado por maquillarse solo la cara, otras ni siquiera iban disfrazadas, había unas pocas que se habían currado mucho el disfraz... El suyo parecía de los mejores y eso que solamente lo constituían dos elementos.

Momias, esqueletos, brujas, zombis, payasos, catrinas, vampiros...

—Aquí tenéis, chicas. Espero que os lo paséis bien esta noche.

La voz del chico la sobresaltó, se giró para coger la cerveza y, después de darle las gracias, se dio la vuelta hacia su amiga y empezaron a andar inspeccionando el lugar y las personas que se encontraban allí.

\*\*\*

La música sonaba fuerte por unos altavoces que nadie sabía dónde se encontraban. Marta había perdido a Sandra entre la multitud hacía mucho tiempo. Al final habían acabado encontrando a unos amigos de la clase de su amiga y se habían quedado con ellos charlando. En un momento dado, había dicho que se dirigía al baño y su amiga no había vuelto a aparecer. Tampoco le preocupaba mucho, Sandra solía hacer eso para después reaparecer. Siempre traía nuevas anécdotas que contar y se quejaba de que se había perdido las mejores partes de la noche junto a Marta.

Se llevó el vaso de plástico a los labios, pero no cayó nada y lo único que pasó fue que se mojó media cara con los hielos. La chica que estaba a su derecha intentó no reírse, pero no lo consiguió.

—¿Quieres que te acompañe a por otro trago? —Marta no recordaba muy bien cómo se llamaba. De hecho, no recordaba casi ningún nombre de los que le había

presentado Sandra, pero el disfraz de la chica le había parecido de lo más gracioso. Al no obtener respuesta, la chica volvió a hablar—: A mí también se me ha acabado hace rato.

Asintió levemente con la cabeza, pero antes de dirigirse a la mesa que hacía de barra, miró con más detenimiento el disfraz de la chica. O lo que se suponía que era su disfraz. Llevaba la cara pintada de blanco y de la delgada línea del párpado superior le caía una araña. Vestía de color negro y sobre los hombros llevaba una capa roja, pero lo que más llamaba la atención de aquella chica eran las dos heridas que se había maquillado en los brazos como si dos monstruos la hubieran mordido. Parecían de lo más real.

—A lo mejor es que soy un poco tontita, pero no tengo ni idea de qué vas disfrazada.

La chica miró hacia abajo, como si se hubiera olvidado de que llevaba puesto un disfraz y de que estaban en la noche de los muertos vivos. Volvió a subir la mirada y sonrió ampliamente.

—Si te soy sincera, yo tampoco. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio fuertemente—. He cogido lo primero que he pillado por casa y he hecho un *mix*. Aunque si le quieres dar un nombre a este desastre, puedes llamarme Alicia.

Hechas las respectivas presentaciones, ambas se encaminaron para poder rellenar sus vasos de plástico. Ante la pérdida de Sandra, decidió que la mejor idea era quedarse con aquella desconocida lo que quedase de noche o hasta que su amiga apareciese. Aun así, Alicia no parecía tan mala compañía. Era una chica bastante simpática que siempre tenía tema de conversación en la boca, y las personas así se merecían el cielo. A ella casi siempre le costaba encontrar un tema con el que todo el mundo se pudiese sentir cómodo.

Lo primero que le contó fue de qué conocía a su mejor amiga. Al parecer coincidían en una asignatura de la carrera, pero no estaban en el mismo curso porque Alicia era dos años mayor que ella y llevaba con esa asignatura suspensa desde hacía demasiado tiempo.

Pronto dejaron el tema de los estudios para centrarse en cosas más alegres, como los disfraces que llevaban las personas de su alrededor. Marta había sido quién había empezado la conversación dirigiendo su vista a la mesa de bebidas, puesto que le faltaba muy poco para terminar el vaso.



—¿Te has fijado en el chico de la barra? ¿Cuántos rollos de papel higiénico crees que habrá gastado? —Alicia, que meneaba su melena rubia al compás de la música a su lado, se giró para mirar al chico que ella señalaba—. Tía, sé algo más disimulada.

—Bah, si hay un montón de gente, no se va a dar ni cuenta. —Se rio—. Si quieres salir de dudas, yo tengo que ir a rellenar el vaso y puedo aprovechar el viaje para preguntarle.

—Yo digo que mínimo dos, ¿te quieres apostar algo?

Levantó la ceja izquierda y la miró muy fijamente.

—¿Algo como qué? —No sabía si su nueva amiga era capaz de levantar un poco más su ceja derecha, pero salió de dudas al momento, puesto que al no obtener respuesta es lo que hizo—. Venga, quien acierte le tiene que pedir al chico-momia su número de teléfono y una cita.

Marta echó hacia atrás la cabeza y de su garganta salió una fuerte carcajada.

—Me da que no voy a poder aceptar semejante propuesta. Chico-momia no me gusta. De hecho, no me gusta ningún chico. Aunque si quieres hacer esa apuesta es porque a ti te atrae..., ¿verdad?

Aunque llevase la cara pintada de blanco, se podía apreciar a kilómetros el tono rojo en el que se habían convertido sus mejillas. Marta se volvió a reír.

—A mí me daría más vergüenza preguntarle lo de los rollos de papel higiénico que su número, así que puedes aprovechar el viaje...

Ante aquella realidad, Alicia cogió el vaso de su nueva amiga y se dirigió con gesto divertido hacia la barra. Desde el sitio en el que se encontraba, Marta observó cómo le pasaba los dos vasos al chico, que se encontraba detrás de la mesa, y empezaba a hablar con él. La cosa parecía que no iba a mal, no podía ver a su amiga puesto que estaba de espaldas, pero vio cómo el otro se reía y sacaba del bolsillo de su pantalón trasero un teléfono móvil que, por supuesto, Alicia aceptó y al rato devolvió a su respectivo dueño. Al momento, volvía a tenerla a su lado ofreciéndole el vaso lleno de una sustancia amarilla.

—¿Te lo dije o no te lo dije?

—Tres rollos, no has acertado en eso...

—Lo importante es que haya acertado en lo otro, ¿no?

—Lo importante es que no me lo haya dado por dar y luego no me mande ni un mensaje.

Marta dejó de beber de su vaso y se giró hacia ella. Sabía de lo que hablaba porque le había pasado más veces de lo que desearía, así que, simplemente, la abrazó.

—No te preocupes por eso, tía. Si no te habla, pues él se lo pierde porque eres una chica estupenda e increíble. Además de muy simpática y habladora. Has conseguido que esta noche sea mejor de lo que esperaba, eh. Sandra se ha esfumado, pero hasta me alegro de ello porque te he conocido a ti. Mira, si ese chico no te manda un mensaje, pues ya te lo mando yo.

Fue en ese preciso instante donde surgió una nueva amistad que perduraría durante mucho tiempo y muchas fiestas de disfraces más. Marta sacó de su riñonera negra el móvil y se lo tendió. Cuando lo tuvo de vuelta le envió un mensaje rápido.

«Eres la pera», junto a un emoticono representando la fruta.

Al ir a guardar de nuevo el teléfono, se le cayó el mechero y fue como un recordatorio de esa adicción tan mala que tenía y que siempre intentaba dejar. Aunque le salía algo mal.

—¿Fumas? —dijo mientras sacaba la cajetilla—. ¿Quieres ir conmigo a tomar el aire y echarnos un cigarro?

—El aire puro lo acepto, pero el cigarro, todo tuyo.

Salieron del piso donde estaba teniendo lugar la fiesta y subieron las escaleras. Ninguna de las dos tenía ni idea de si había terraza en aquel bloque de edificios, DE si podían subir o de si estaba abierto. Para su suerte, todo aquello se cumplió. Llegaron al último piso y encontraron una puerta chapada de metal abierta. Desde ahí se fijaron en que no eran las únicas a las que se les había ocurrido esa magnífica idea, puesto que había otras dos chicas apoyadas en el muro fumando mientras observaban el cielo nocturno. De hecho, alguien, posiblemente el organizador de la fiesta, había puesto guirnaldas de luces de colores por los postes y columnas que había, así que se podía ver todo con claridad.

Se adentraron en aquel espacio y se alejaron lo máximo posible de las otras dos personas para no molestar ni interrumpir. Se sentaron en el suelo, a pesar de saber que les entraría frío en un momento, y Marta volvió a sacar el tabaco y el mechero. Cogió un cigarro lentamente de la caja y se lo apoyó en los labios mientras hacía rodar la piedra del mechero para prender una llama. Para su sorpresa, no sucedió, así que volvió a intentarlo. A la quinta vez se dio por vencida y se levantó para pedir fuego.

—Perdonad, ¿me podéis dar fuego, por favor?

Las chicas que estaban hablando se giraron a la vez. La que tenía un cigarro en la mano metió la que tenía libre en el bolsillo trasero de sus vaqueros para sacar un mechero y tendérselo. Se encendió el cigarro y, después de darle una primera calada, se lo devolvió.

—Muchas gracias.

Se fijó un poco más en ella: llevaba unos vaqueros azules oscuros y una camiseta de manga corta blanca. Se preguntó si no estaría pasando frío ahí arriba sin nada. No iba disfrazada. O eso pensó en un primer momento, porque después vio que, en la mano que no sujetaba el cigarro, tenía unos colmillos blancos de plástico. «Otra que se ha currado el disfraz». Llevaba el pelo castaño recogido en dos trenzas de raíz dejando caer dos mechones por la cara dándole, un toque despeinado pero elegante. Le sonrió y la chica le devolvió el gesto.

Se dio la vuelta y volvió junto a Alicia.

—Un poquito más y en lugar de ir disfrazada de esto —dijo señalándose de arriba abajo—, estaría disfrazada de cubito de hielo. ¡Madre mía, qué frío hace!

—Es lo que tiene estar en una terraza el treinta y uno de octubre. Además de morirte de frío, a lo mejor ves a las almas volver a su casa...

—Lo que vamos a ver es una pulmonía. —Soltó una carcajada tan grande que le salió hasta vaho de la boca—. Más vale que te lo termines rápido, Marta.

Y así fue. Cuando Alicia se quiso dar cuenta, estaban de vuelta entre el calor de la gente que bailaba una canción de Bad Bunny y, aunque a ella no le hacía demasiada gracia ese tipo de música, no pudo evitar moverse al son de *Yo Perreo Sola* junto a la bruja que tenía delante de ella.

Al terminar la canción, Marta se dirigió al baño. Cuando giró en la esquina del pasillo, se chocó de frente con la chica de la terraza que le había dejado el mechero. Solo que esta vez sí que llevaba los colmillos puestos y se fijó en que también llevaba una capa roja que ni siquiera le cubría toda la espalda. Aquello le hizo bastante gracia y pareció molestar a la otra chica.

—Cuidadito, brujita. No vaya a ser que te muerda.

—Cuidadito, vampira. No vaya a ser que se te caigan los colmillos.

Como si la cosa no fuera con ellas y estuvieran sincronizadas, se rieron a la vez. Marta no había visto a una chica con una risa tan estridente y bonita al mismo tiempo. Algo le decía que no sería la única sonrisa que le sacaría esa noche.

—Hemos empezado un poco bruscamente. Me llamo Cala. —Cogió con las dos manos la túnica e hizo una reverencia—. Para servirte en todo lo que pueda.

—Marta. No puedo servirte en todo, pero puedo echarle un conjuro a quien tú quieras. Aunque esto es como en *Aladdín*: no puedo matar a nadie, no puedo hacer que nadie se enamore de otra persona y tampoco puedo resucitar a nadie. Además, huele muy mal.

—¿No hay una bruja tan genial?

—No lo creo, pero puedes descubrirlo tú misma.

—Tampoco hay una bruja tan egocéntrica.

—Ni tan guapa.

Un silencio por parte de aquella desconocida acababa de confirmar sus palabras. O, quizás, fue que a Cala el egocentrismo de aquella chica extraña de pelo rizado y sombrero picudo negro la había desconcertado. Y a ella pocas cosas le desconcertaban.

Ante aquel silencio, Marta se acordó del verdadero propósito de estar en aquel pasillo oscuro y tenebroso que no sabía a dónde llevaba.

—¿Sabes dónde está el baño? Creo que me he tomado demasiados vasos de... — Bajó la vista al vaso de plástico rojo que llevaba en la mano y contenía apenas unos tristes hielos— de lo que sea que haya estado bebiendo.

—Así que tengo delante a una brujita borracha... —Posó sus ojos verdes encima de los marrones de Marta, quien notó cómo algo en su interior se removía. No sabía si era por la mirada de esa chica de tez tan pálida o porque había bebido demasiado alcohol. Fuese como fuese, se olvidó de ello en cuanto la chica volvió a sonreírle y a dirigirse a ella—. La segunda puerta a la izquierda.

Marta sonrió en agradecimiento y donde le habían indicado.

—¡Y, brujita! Ten cuidado con el alcohol, no sea que eches algún conjuro a alguien que no debas.

Cuando se volvió para responder con algún otro comentario sarcástico, ya no estaba. Entonces se encogió de hombros, pensando que no volvería a ver a esa chica, y se dirigió tranquilamente al baño. Lo que no sabía en aquel momento era que, cuando se volviese a encontrar con aquella misteriosa chica, pasaría algo de lo más extraño.

\*\*\*

La noche había avanzado tranquilamente y sin incidente alguno. O, bueno, sin muchos incidentes importantes. Marta había presenciado lo típico de una fiesta: vasos que se caen, alcohol que se derrama, lloreras por exnovios o exnovias, algún que otro insulto... Aunque no le había dado mucha importancia a todo eso, se había centrado en intentar entablar una conversación interesante con Alicia y ver si podía volver a seguir el rastro de Sandra. Todo había resultado un intento fallido porque no dejaba de pensar en Cala.

No creía en los flechazos ni en el amor a primera vista, pero se había visto sorprendida por aquella chica de mirada profunda, ojos verdes y tez pálida. Enamorarse no, pero sentirse atraída por ella, sí. Quizás «atraída» no era la palabra adecuada, pero las ganas que tenía de conocerla un poco más no se las iba a quitar nadie.

—Oye, Ali. —La confianza durante aquella larga velada había aumentado lo suficiente como para acortar su nombre—. Voy a fumar un ratito a la terraza. ¿Quieres venirte?

—Prefiero quedarme aquí, que hace calorcito y así aprovecho para ir a hablar un rato con Marcos.

Marta, ya levantada del sofá en el que se habían apalancado, levantó una ceja extrañada.

—El chico-momia.

Se rio mientras dirigía la mirada hacia la mesa en la que había estado ese chico durante toda la noche. Al volver del baño, le había contado que el misterioso chico de los tres rollos de papel higiénico por el cuerpo le había respondido por fin al mensaje y le había dicho que pasase un rato a hablar con él antes de que se fuese de la fiesta.

—Espero que cuando vuelva tengas cosas que contarme, ¿eh?

Dicho esto, cogió su escoba del sofá y salió de la casa para volver a subir los tres pisos que la separaban de la tranquila noche de otoño que estaba teniendo lugar. Cuando llegó allí, se fijó en que volvía a no estar sola en aquel lugar tan mágico. Vio a una figura que estaba apoyada en el muro de cemento fumando. Se acercó a ella y observó que se le habían deshecho algo las trenzas durante la noche, se le salían algunos pelos rebeldes, pero no le quitaba ese aura mística de chica misteriosa.

—Parece que me sigues.

—A alguien le tendré que pedir otra vez el mechero para fumar.

La chica la observó detenidamente al mismo tiempo que cogía el mechero que tenía guardado en uno de los bolsillos de los pantalones vaqueros y sonrió al tendérselo.

—¿Sabes? Ese mechero me lo quedé en la última fiesta en la que estuve. —Marta levantó la ceja izquierda visiblemente sorprendida, se esperaba cualquier cosa menos que su acompañante fuese una ladrona de mecheros—. Me lo dejó un chico que intentó ligar conmigo y, cuando quise devolvérselo, yo ya estaba en el portal de mi edificio. No fue intencionado, lo prometo.

—Entonces, creo que deberíamos seguir el curso de este mechero y que pase a manos de otra persona. —Observó a izquierda y derecha—. Y, casualmente, como no hay nadie más aquí arriba, voy a ser yo.

—Así que ahora la que va a tener que buscar a la otra voy a ser yo.

Las dos se rieron al mismo tiempo, parecía que esa sincronización las iba a acompañar durante toda la noche. Aunque lo que ambas ocultaban detrás de ese simple gesto fue una verdad secreta: las dos se habían estado buscando durante toda la noche y, ahora que se habían encontrado, necesitaban cualquier excusa tonta para volver a verse.

Quizás Marta no había sido la única de las allí presentes que había sentido un vuelco en el estómago al ver sonreír a la otra.

Estuvieron en silencio durante un par de minutos más, mirando la ciudad ruidosa a su alrededor, mientras el tiempo allí arriba parecía no avanzar. Cuando Marta terminó de soltar el humo de sus pulmones, giró la cabeza hacia su compañera, quien no había dejado de observarla por el rabillo del ojo.

—¿Por qué has elegido disfrazarte de vampira?

—¿Crees que se le puede llamar disfrazarse a ponerse unos colmillos blancos de plástico y una capa roja que ni siquiera me tapa?

Para que su acompañante se fiara de sus palabras, Cala se puso entre los dientes los colmillos falsos y agitó la capa en un vaivén de atrás hacia delante, a lo que Marta contestó con una sonora carcajada.

—No creas que mi disfraz es mucho mejor.

—Me encantan las brujas. Siempre me han parecido de lo más interesantes, aunque se nos hayan presentado como la típica señora encorvada con una arruga en la nariz puntiaguda, una escoba roñosa y un gato negro.

—Yo tengo un gato, pero es blanco.

—También nos puede llegar a valer.

—No cumplo mucho con los estereotipos de las brujas...

—Da igual, sigues siéndolo.

—Entonces, ¿yo también te encanto o soy la excepción que rompe la regla?

Cala se sorprendió ante la forma tan directa que tenía de dirigirse hacia ella. Tenía envidia porque ella nunca sería así con otras personas, pero era envidia de la buena. Seguida por la misma entereza que Marta, respondió:

—Puede ser, tendrás que averiguarlo...

Y eso fue lo que se propuso, aunque ninguna de las dos se opuso a ello.

Acabaron sentadas en el frío suelo de cemento, con la espalda apoyada en el muro de aquella terraza llena de luces, hablando de temas sin importancia, como del chico de

los tres rollos de papel higiénico o cuál era la mejor marca de café, donde casualmente las dos coincidían. También hablaron de temas importantes, como cuál era el mejor integrante de One Direction o de las razones por las que habían acudido a aquella tonta fiesta que había resultado ser un acierto al haber coincidido.

—Te juro que he estado a punto de no venir. Ni siquiera me apetecía, pero mi amiga Sandra me ha arrastrado hasta aquí.

—¿Y tu amiga dónde está ahora? ¿Era la rubia con la que subiste la primera vez a fumar?

—Sandra tiene el magnífico poder de desaparecer a mitad de la fiesta y aparecer cuando decido que me voy a casa. La rubia es Alicia, compañera de clase de Sandra, la he conocido esta noche.

—Yo también he sido arrastrada aquí hoy. De hecho, este superdisfraz es cosa de mi amiga, quien se ha presentado directamente en mi casa para traerme casi a la fuerza. —Una leve risa salió de sus finos labios—. Parece ser que le voy a tener que dar hasta las gracias.

—¿Y eso por qué?

—Porque te he conocido a ti y, si se volviese a dar el caso, volvería a dejarme traer a una fiesta tonta si con ello coincido contigo.

Algo en el interior de Marta se removió, pero no como si algo malo estuviese a punto de pasar, sino como si algo magnífico fuese a ocurrir. Entonces comprendió la expresión de tener mariposas en el estómago. Ella no sabía si eran mariposas o murciélagos, pero algo se revoloteó.

Para Cala la sensación era parecida. Nunca había experimentado un sentimiento tan potente. Algo que la desconcertaba mucho, no quería hacerse daño y tampoco a Marta, pero también quería hacerle caso a esa vocecita de su cabeza que le decía que daba igual, que actuase por impulso y que, si había que arrepentirse, se arrepentiría más tarde, pero en ese preciso momento disfrutaría. Ganó la última voz.

Estaban sentadas una al lado de la otra apoyadas sobre los hombros, hasta que Cala se armó de valor y se giró completamente hacia aquella chica que tanto le había



encandilado. Marta se giró también y las dos se miraron a los ojos. Se podría haber acabado el mundo y ninguna de las dos se hubiera enterado.

Como movidas por un hilo invisible rojo, se fueron acercando cada vez un poquito más, como malamente podían estando sentadas en el suelo, hasta que la cara de una estuvo frente a la otra. Cala levantó una de sus manos para colocarla sobre la mejilla de Marta. Se quedaron así un par de segundos más hasta que esta última rompió el silencio.

—Te voy a besar, que lo sepas.

Y dicho esto, sus labios se posaron sobre los de Cala.

Cuando se separaron, dos grandes sonrisas podían verse en la cara de ambas. En ese preciso instante, Marta se fijó en la comisura de los labios de la chica que tenía enfrente de ella y se acordó de que antes de ir a aquella tonta fiesta se había pintado los suyos de rojo.

—Ahora vas disfrazada de payasa.

—Tú ya lo eras antes, ¿no?

No le dio tiempo a responder con otra pullita, puesto que Cala le estrujo las mejillas y la volvió a besar con un poco más de pasión que la primera vez.

Si esto fuera una de esas grandes historias de amor verdadero, las estrellas serían las únicas espectadoras de una escena tan épica de confesiones y amoríos, pero la realidad era muy distinta a la ficción. Las dos chicas, al cabo de un rato, empezaron a tiritar de frío y las únicas espectadoras de aquello fueron las guirnaldas de luces que colgaban de aquella terraza tan mágica.

Decidieron levantarse del duro cemento y, pasando sus brazos por encima de los hombros, salieron de allí. La pesada puerta de metal que llevaba abierta toda la noche se cerró con un suave quejido.

Así fue como una bruja que no quería asistir a una fiesta cutre conquistó a una vampira, cuyo único plan para el día de los muertos era ver una película tirada en el sofá.

¿Sería la única aventura que vivirían?

# SOBRE LA AUTORA

Lucía Jiménez Arranz (Valladolid, 2000). Titulada en el grado medio de actividades comerciales. Estudia un grado superior de gestión de ventas y espacios comerciales y una de sus grandes pasiones son el marketing digital. Su mayor faceta es la de la lectura. Siempre ha sido una amante de las letras, empezó a leer desde muy pequeña y en 2015 se aventuró a compartir la opinión de los libros que más le gustaban en un blog, *En un bosque literario*, donde sigue subiendo contenido allí. Junto a su amiga, Ángela Cacéres Sevilla, fundó el club de lectura *Leamos mujeres* y forma parte del podcast *Salseo literario*, junto a Rebeca Cid Vela. Además, forma parte del equipo de *La Avenida de los Libros*.

Al poco tiempo de abrir el blog, descubrió una comunidad de escritores y empezó a escribir sus propias historias en Wattpad. Ahora mismo, forma parte de la antología *Show Your Rare* y *Galga vida*. También tiene publicado un relato ambientado en Halloween, pero que como habéis comprobado no da miedo, *La fiesta de disfraces*. En Navidad, podréis volver a disfrutar de Marta y Cala en *La noche de los deseos*.

No te olvides de dejar tu opinión en la ficha de Goodreads y/o dime qué te ha parecido por mensaje privado en mis redes sociales, @LiterarioBosque.